

**PROPUESTA DE UN MODELO DE ACTUACIÓN PARA LA
FORMACIÓN DE VALORES DESDE UNA PERSPECTIVA
MARTIANA.**

Lic. Alejandro F. Martínez Almeida

Ministerio del Interior, Calzada General Betancourt, Matanzas, Cuba.

Resumen

El presente trabajo es un intento por contribuir a la formación de valores en el sector juvenil estudiantil, mediante la confección de un modelo de actuación para la formación de valores, a partir de un razonamiento del pensamiento político y cultural de José Martí, dado el lugar cimero que ocupa en la definición y consolidación de la identidad del cubano. Con este motivo se realiza un análisis y aproximación al pensamiento martiano destacando la presencia de valores en su legado literario, sobre los cuales se estructuró una propuesta de actuación para formar valores en jóvenes estudiantes, mediante la ejecución de diferentes técnicas que posibilitarán la comprensión y valoración de las obras martianas. El tema presenta gran importancia en la actualidad, atendiendo a las transformaciones que implementa el país y la presencia de apatía en segmentos juveniles, con resultados negativos en las aspiraciones de la nación cubana.

Palabras clave:

Introducción

Resulta indiscutible que, ante las circunstancias que caracterizan los inicios del siglo XXI, época de peligro inminente incluso para la supervivencia de la especie humana, una de las interrogantes que debemos hacernos es la siguiente: ¿qué papel deben desempeñar la educación y dentro de esta la formación de valores en nuestro tiempo, y, particularmente en nuestra sociedad?

La relación del individuo con la sociedad es un resultado histórico-cultural, tanto en los términos del binomio como en la sustancia del vínculo, trátase de la filogenia humana o del ciclo vital de la persona. Su configuración y desarrollo posee no sólo determinantes y premisas materiales de diferente índole, sino también de carácter espiritual simbólico. En la actualidad persisten diversos programas, estructurados como parte del esquema subversivo del enemigo externo, dirigidos a fomentar la apatía y el desinterés en la mente de nuestro pueblo. El medio juvenil es el sector más vulnerable, puesto que transitan por una etapa convulsa donde la línea de pensamiento aún no acaba de definirse. El consumismo y el desinterés amenazan con hacer de nuestro relevo individuos egoístas y carentes de ideología.

El presente trabajo es un intento por contribuir a la formación de valores en el sector juvenil a partir de un análisis del pensamiento político y cultural de José Martí, dado el lugar cimero que ocupa en la definición y consolidación de la identidad social del cubano tal como la conocemos hoy. La enseñanza política y cultural martiana resume el siglo XIX cubano. Martí fue la síntesis más elevada en la que se fusiona el pensamiento político con las raíces del movimiento de masas; en la que la unidad de la cubanía y su fuerza alcanzó en la cultura política una capacidad insospechada.

Cada día se hace más necesario conocer cabalmente al precursor del modernismo en la poesía, al ensayista capaz de abordar, destacar e identificar todo lo nuevo que se revela en la ciencia y la cultura de su tiempo, al avanzadísimo crítico de arte y, en primer lugar, al organizador del Partido Revolucionario Cubano y de la última guerra de liberación contra el colonialismo español en nuestra América. En Martí eso llamamos solidaridad, amor al prójimo, cooperación, independentismo, latinoamericanismo, valores éticos y sentimientos estéticos, que no es otra cosa que la capacidad de asociarse que tienen los hombres, se logró en un altísimo grado, ahí está la esencia más profunda de su grandeza. Es por eso que aún existiendo muchos modos de aproximarse a la problemática en cuestión, eludir el análisis de la memoria martiana equivaldría a omitir una pieza clave, no ya histórica, sino estructural, del entramado actual de nuestro modo de pensar, valorar y aprehender prácticamente el mundo, la sociedad y el hombre. Entonces se hace urgente ahondar en la cultura martiana, donde encontramos el compromiso patriótico y la hermosura de su palabra mágica integrando una identidad.

Cultura y valores constituyen conceptos- que designan fenómenos sociales altamente complejos en la contemporaneidad- estrechamente vinculados. Si bien, la cultura no puede reducirse a valores, lo cual resulta totalmente absurdo, no puede negarse que estos constituyen una de sus aristas esenciales. La cultura es fundamento de los valores y se expresa en ellos. Los valores, a su vez, sirven de punto de partida en la realización de nuevas conquistas culturales. La significación práctica de ambos fenómenos se

manifiesta con fuerza en un mundo donde se asocian, no sólo a la defensa de lo creado, sino a la propia existencia de la humanidad como sujeto creador.

En el transcurso de la investigación nos hemos visto en la necesidad de emplear algunos procedimientos cognitivos de carácter histórico-filosófico, pero la naturaleza del trabajo no es tal. En realidad se integra a un estudio filosófico- social más abarcador sobre el estado, y las perspectivas de desarrollo, del vínculo contradictorio individuo-sociedad presente en Cuba. Lo motiva la necesidad de aclarar desde el punto de vista de la filosofía social, y con el mayor detalle posible, los principios que en torno a este asunto son cruciales y se han conformado en el paradigma político-cultural revolucionario cubano desde el siglo XIX hasta nuestra fecha; pues- habida cuenta del carácter de proceso histórico de larga data inherente a la revolución cubana- sólo tomando conciencia determinada de ellos, podemos colocarnos en una situación gnoseológica y valorativa adecuada para contribuir a la evaluación de la ideología revolucionaria cubana actual, al desarrollo ulterior suyo en pro del consecuente y progresivo despliegue de su dimensión humanista, así como del incremento de su capacidad movilizativa, constructiva y transformadora- revolucionaria.

Acometer una empresa de esta naturaleza no es tanto ni sólo una necesidad cognitiva, dada la poca atención que tradicionalmente se ha prestado a esta problemática, sino ante todo un requerimiento impostergable de la situación por la que atraviesa nuestra sociedad, tanto en el plano interno como exterior, individual y masivo.

Vivimos en tiempo de crisis, de parto. Y toda ruptura social es problemática, riesgosa, preñada de consecuencias imprevisibles. La revolución ha realizado una obra y desatado fuerzas que por su pujanza ya trascienden las estructuras organizativas, los estilos de dirección y los puntos de vista ideológicos que, en las etapas tempranas de su despliegue, constituyeron una premisa y un fruto de la emancipación conquistada, así como un instrumento para impulsar la actividad transformadora. El período especial ha agudizado la manifestación y percepción masiva e individual de esta contradicción, al demostrar la urgente necesidad de encontrar soluciones viables en condiciones de una drástica reducción de recursos materiales, del recrudecimiento de estrategias subversivas en el campo ideológico y del bloqueo norteamericanos, así como de la indefinición de ideales y proyectos sociales e individuales, mantenidos como estables e indiscutibles en lo sustancial por largo tiempo.

Ello- aun cuando en la vida pública se aluda a la rectificación de errores y tendencias negativas- habla no del fracaso, sino de la potencialidad creadora que aún encierra la Revolución, a pesar de la difícil situación cotidiana que se confronta; la marcha ulterior sólo tendría sentido verdaderamente humano para la comunidad nacional y el individuo si se continuara la obra emancipadora y dignificadora.

Según evidencian las investigaciones científicas sociales de distinto corte y la propia lógica de la política cotidiana, el sistema social en su conjunto está obligado a reorganizarse- y de hecho lo hace, en virtud ante todo de causas internas-; a encaminar sobre nuevos términos la actividad revolucionaria, para atender al estado actual de desarrollo de su sujeto, de su objeto de transformación y de las condiciones externas e internas de la actividad.

Tal transcurso está objetivamente condicionado, por lo que el factor subjetivo podrá atrasarlo o propiciarlo, empujarlo en dirección correcta o inadecuada, pero en ningún caso evadirlo. Y justamente por esas circunstancias vuelve a ser actual más que nunca José Martí; no sólo por la capacidad que posee su obra de ayudarnos a esclarecernos quiénes somos, - a decir de Gabriela Mistral “fue el eslabón más alto de nuestra América cósmica”- sino, además, por lo que es susceptible de aportar en cuanto a la elaboración ulterior de los criterios que rigen quiénes seremos, adónde nos encaminaremos como colectivo humano e individuos.

La mencionada reorganización involucra en consecuencia las premisas espirituales-ideológicas suyas y sus medios normativos, institucionales y procesales, de conducir a término la línea de acción construida para responder a la nueva situación de necesidades e intereses individuales, colectivos particulares y generales. Se trata de un asunto en absoluto impersonal, ya que afecta de modo directo el sentido de la vida y los planes vitales de cada persona (particularmente los jóvenes), la noción de sus deberes y derechos, de su libertad y su responsabilidad, de su mérito, que en el momento actual se encuentran sujetos a profundos conflictos y transformaciones.

Este proceso transcurre y aparentemente lo seguirá haciendo en el futuro en una situación externa sumamente compleja, pues el derrumbe de la comunidad socialista europea ha traído consigo una nueva distribución de fuerzas políticas en la arena internacional a favor de las potencias imperialistas, así como la virtual crisis de los paradigmas tradicionales de las izquierdas, incluido el marxista-leninista en la forma corriente de su existencia.

El liberalismo, a pesar de su incapacidad para resolver los problemas acuciantes de la mayoría de la humanidad, ha pasado a la ofensiva, los Estados Unidos de Norteamérica reeditan sus pretensiones de fuerza hegemónica y paradigmática del desarrollo humano; (*Muravchik (1991), Nye (1991), Contrapunto (1992), Karpen (1993) y Dieterich (1994)*) y a las fuerzas revolucionarias- aun cuando potencialmente siguen existiendo y su número y condición a todas luces han crecido en el mundo de hoy-, no han encontrado todavía la expresión ideológica para hacerle frente de manera alternativa eficiente (*Fetscher (1980), Zemelman (1990), Setién (1990), Gómez (1990), Valero (1990), Fidel Castro (1990) Discurso en el XVI Congreso de la CTC, Carlos Tablada Pérez (2001) El pensamiento económico de Ernesto Guevara*), a fin de propiciar el desarrollo progresivo de la heterogénea comunidad humana que comparte el planeta.

En estas circunstancias la Revolución Cubana está urgida de encontrar soluciones viables en cuanto al aseguramiento y ampliación progresiva, en lo posible, del bienestar de las masas, pero también consecuentemente significadoras para el individuo: humanistas, liberadoras. Ello requiere una intensa búsqueda cognitiva y axiológica de carácter creador y que trascienda el paradigma de la política cotidiana, pues ese justamente es el que ha sido cuestionado por la propia práctica.

Nos encontramos sometidos a una sensible presión ideológica desde esferas internacionales reaccionaria en momentos en que aspectos medulares del ideal socialista están sujetos a reformulación, precisión y ajuste, tanto a nivel teórico- especializado como de la conciencia cotidiana. He ahí entonces dónde se encierra el sentido y la necesidad de retornar al análisis de los fundamentos mismos de nuestra cultura

revolucionaria nacional, incluidas sus premisas provenientes de otras latitudes, además del modo en que se articularon con nuestras tradiciones y han pasado a ser parte de nuestra memoria histórica, de los escalones del desarrollo de nuestra autoconciencia nacional y de sus portadores masivos.

Debe considerarse que no se ha asumido el estudio de la obra de José Martí en su totalidad, pues únicamente se ha trabajado sobre una muestra suya. Nos hemos concentrado en lo que tradicionalmente suele reconocerse como las obras de “su pensamiento político”. En estos marcos radican los límites empíricos del objeto que se ha sometido a investigación. La visión de la relación individuo-sociedad que ello condiciona, ha sido construida eminentemente desde la política y su transformación, como resultado de la obra revolucionaria. La significación de este tipo de corte para el estudio del problema planteado está dada por el papel organizador que el pensamiento político revolucionario ha desempeñado en la configuración de nuestra autoconciencia nacional.

El proceder de esta manera se justifica no sólo por lo difícil que resulta abarcar en un relativamente corto período de tiempo una obra tan voluminosa como la del Maestro, sino ante todo por la toma en consideración de la naturaleza misma de la política revolucionaria promovida por José Martí, que por necesidad tuvo que involucrar, de modo integral, la relación individuo-sociedad, debido a su sustancia colmadamente ética y a su profundo alcance ontológico-social nacional-liberador, emancipador y dignificador humano.

De hecho, pues, la investigación ha exigido intentar la reproducción de la lógica de la ideología política construida por José Martí. Se ha puesto el énfasis en los aspectos que a juicio del autor representan un marcado interés para dilucidar el objetivo central perseguido.

El método de análisis empleado para examinar la obra martiana ha intentado distinguir en ella los distintos objetos de reflexión involucrados y las estructuras conceptuales con que se elaboran en el conjunto de la actividad política, a fin de entender el cuadro generalizado que le sirve de cimiento a su pensamiento político, y a partir de ahí realizar una propuesta de un modelo de actuación para fomentar los valores en el medio juvenil. En todos los casos se ha trabajado por tomar en la debida cuenta el contexto socio-cultural en que las construcciones ideológicas se insertan y nacen. Se efectuó la revisión de cada una de las obras contenidas en los conocidos cuatro volúmenes de la edición cubana de las Obras Completas de José Martí de 1975, que se le agradece a la Editorial de Ciencias Sociales.

Las conclusiones formuladas son por su número y círculo a que se refieren sumamente modestas y tienen mucho que agradecer a la obra precedente de incontables especialistas cubanos y extranjeros, quienes de forma significativa han contribuido a dilucidar aspectos claves de la vida del Maestro. El reconocimiento de dicha deuda es un momento capital de este trabajo.

Aproximaciones al pensamiento político de José Martí.

En el estudio de la obra de José Martí suelen destacarse las múltiples contribuciones que realizó a la cultura e historia de Nuestra América; sin embargo, a veces pasa inadvertida una faceta de su actividad, sumamente significativa para los momentos actuales de crisis de paradigmas, de agotamiento de la racionalidad tradicional y de pérdida del sentido de la identidad propia, de la vida y del progreso humano en muchos.

Martí accedió a la historia y a la política concibiéndolas como hechos culturales de las grandes masas; a lo que habría sólo que añadir que entendió a estas últimas no como la negación, sino al contrario, como la afirmación de la personalidad y el valor de los hombres concretos que las componían y cuya suerte se dispuso a alzar y a dignificar.

El examen minucioso de las fuentes y evolución del pensamiento político de José Martí pone en evidencia que el paradigma político-ideológico liberal burgués clásico cuando es confrontado en la vida práctica con la contradicción metrópoli-colonia en la época del nacimiento del imperialismo, sólo puede conservar de forma consecuente el momento humanista universal que lo caracteriza, transitando a un democratismo radical de corte anticolonial, independentista, antiimperialista e internacionalista (Monal 1973). Ese tránsito es perfectamente perceptible en la obra de Martí y trajo consigo la fundamentación de un proyecto cultural de largo alcance y complejidad, de carácter emancipador no sólo nacional, sino también latinoamericano e involucrador del individuo real.

Ya desde el análisis martiano de la actitud de la República española ante la lucha insurreccional cubana (1873), se mostraron las paradojas y traiciones al núcleo humanista del pensamiento democrático-liberal, que surgen inevitablemente cuando una revolución de este corte promueve una línea de política externa, tendiente al mantenimiento del colonialismo y sus presupuestos ideológicos de mirar a los hombres a través del prisma de la dicotomía entre pueblos civilizados e incivilizados, de la barbarie y la civilización. Martí (1975: I, 89-98) se opuso al particularismo de los valores liberales pretendidamente universales.

La obra martiana continúa la tradición práctica e ideológica revolucionaria latinoamericana y nacional de modo crítico, poniendo en claro muchas de sus insuficiencias y lecciones, tanto en lo concerniente a los métodos, como a los objetivos y el concepto mismo de la actividad revolucionaria; a los cuales estudia con detenimiento y profundidad (Miranda, 1994) y a partir de una *sólida cultura clásica*. Este último elemento a veces no se subraya en la medida debida, siendo un hecho indiscutible que Martí la adquirió en el transcurso de sus estudios universitarios, además de demostrar su pericia al defender en este terreno las dos tesis que avalaron su doctorado en derecho y filosofía. Fue portador. Asimismo, de una elevada autoconciencia nacional y latinoamericana, en la que se encarnó y expresó su profunda concepción universal del hombre.

Su obra contiene una visión integral y omnicomprensiva de la política como fenómeno cultural, *que en ella es parte integrante de un proyecto más sustancial y abarcador, un medio para una labor cultural mucho más compleja, rica y decisiva*. Sin esa nota esencial no resulta posible comprender la verdadera naturaleza de la política en el pensamiento y la obra de José Martí, en los que aquella funge siempre *con carácter*

instrumental y no como una entelequia autosuficiente en sí misma. Para Martí la política no posee sus criterios reguladores dentro de sí, sino fuera, en el terreno de la moral y la justicia, y tiene como valor supremo al hombre, alfa y omega de toda actividad.

De ahí que la política revolucionaria que delineó e impulsó no se agotara en sus marcos internos, pues se basaba e inspiraba en elevados principios humanistas propios de formas de conciencia y actividad que la trascendían, y a las que Martí dedicó una atención especial. Consiguientemente, en él la política revolucionaria, encaminada a la realización del bien común e inspirada en el amor como fundamento de las relaciones genuinamente humanas, *no interviene como un fin en sí misma, sino como un medio de liberación del hombre realmente existente, de humanización de la sociedad y su entorno*, a tono con los intereses legítimos de los individuos y agrupaciones en que estos toman parte.

Es necesario señalar que Martí aborda práctica y teóricamente los momentos esenciales de la actividad revolucionaria, configurada en torno a la contradicción metrópoli-colonia y pueblo cubano-imperialismo norteamericano, desde una óptica, como se apuntó antes, profundamente cultural. Nos proporciona la lección imperecedera y trascendente para las conciencias de hoy, de que lo cognitivo, lo ético y lo estético componen una sólida, imprescindible y estable plataforma para enfrentar los asuntos políticos por diversos que fueren.

Puede afirmarse sin lugar a dudas que posee un estudio humanista integral de la dimensión política revolucionaria del pueblo cubano de su época, y que como pensador actúa por tanto como un teórico original, cultural, de la política; lo que por supuesto no basta para que las premisas espirituales del desarrollo de su pensamiento y de su quehacer maduro en este terreno sean también gnoseológicamente determinables- con esto no se intenta reducir al pensador a ser la suma o interacción viva de la influencia de tales o más cuales corrientes u obras, pues la creación intelectual y práctica humana no se construye en su realidad de manera tan simple y esquemática- aun cuando abordar en detalle semejante tarea no se encuentre en el interés del autor en los límites de esta obra. Si se revisa el desarrollo histórico de la estructura temático-conceptual (el movimiento de sus motivos de reflexión fundamentalmente) de la producción político-ideológico martiana, puede afirmarse que está directamente condicionada por los problemas político-sociales específicos que promovió a primer plano la práctica revolucionaria nacional-liberadora del pueblo cubano a fines del siglo XIX. Martí fue una personalidad políticamente comprometida desde la más temprana juventud. El mencionado condicionamiento es particularmente evidente a partir de la estancia definitiva de Martí en los Estados Unidos de Norteamérica: culmina con la interrelación orgánica-institucional del pensamiento y la obra del Maestro con la actividad política masiva del sujeto revolucionario dentro y fuera de la Isla.

Martí no fue un académico de la política, sino un hombre político con preparación académica de amplio y profundo perfil humanístico, que literalmente dedicó su vida a la organización y fundamentación ideológica del movimiento revolucionario cubano en una nueva etapa de su desarrollo histórico, *dentro del contexto de la tradición- que recrea- nacional independentista, emancipadora y dignificadora del individuo*

(Miranda, 1993). Es por ello que asume los “problemas vitales que enfrentaba el hombre de su época” (Monal, 1973: 24) desde una *perspectiva integral con salida directa a la modificación revolucionaria de las relaciones sociales reales*.

En su obra de madurez Martí elaboró los asuntos relativos al sujeto, los fines, principios, medios, condiciones internas y externas, objeto, resultados, normas, ideales, de la política revolucionaria cubana en el siglo XIX de una manera universal y desde una posición personal independiente respecto al liberalismo, el anarquismo, el marxismo y otras tendencias políticas de su época, aun cuando en un grado estuvo en contacto y aprendió de ellas.

Las ideas martianas poseen importancia particular para conocer los principios culturales que se promovieron como reguladores de la política revolucionaria de fines del siglo XIX, y que enriquecieron el caudal espiritual del pueblo y su nivel de autoconciencia colectiva, gracias a que el Apóstol reflexionó sistemáticamente acerca de los problemas maduros de la práctica política revolucionaria desde una perspectiva humanista, culta y sólidamente enraizada en la tradición nacional, así como con sentido directamente aplicado y fines organizativos específicos, que recibieron plasmación en las relaciones políticas reales tanto en el plano normativo como en el institucional durante la preparación de la guerra de 1895.

Debe notarse que no nos referimos a una teoría especialmente construida sobre este problema, que no es el caso, sino a una doctrina suficientemente integral y determinada, subyacente en el tratamiento organizativo y argumentar de las diferentes aristas de la política concreta, de forma tal que barre un espectro sumamente amplio de “lo político.” Existen los suficientes testimonios empíricos para poder afirmar que esta doctrina abarcó desde el origen o naturaleza del estado (al menos de la República a construirse), hasta los problemas de su estructura, fundamento, legitimidad y poder supremo. En este contexto no resulta oportuno ni necesario extenderse sobre el particular.

Entre estos principios se encuentran los concernientes a la relación del individuo con el poder político y con la sociedad en general. Ellos poseen una significación particular en el pensamiento y la obra del Maestro, pues en el centro de sus preocupaciones y proyectos siempre se encontró el hombre, *pero no como figura genérica abstracta, sino como individuo concreto, solidario, entendido en calidad de tirantez entre lo que es y puede y debe ser*, a través de su “reconquista social”. Aunque sólo existiera este argumento ya él bastaría para distinguir de los cultivadores del naturalismo.

La imagen del hombre consagrada en la representación de la política revolucionaria por José Martí siempre con las aspiraciones de su desalineación y despliegue ilimitado de las capacidades creadoras en armonía con la totalidad social, con el devenir de los demás. Ello es lo que le impele a manifestar que “¡Reo es de traición a la naturaleza el que impide, en una vía u otra, y en cualquier vía el libre uso, la aplicación directa y el espontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre (...) (Martí, 1975: VII, 230-231).

La producción ideológica-política martiana posee un sólido componente cognoscitivo, resultante ante todo de la sostenida labor del Maestro en el estudio cuidadoso de la historia y realidad cubanas, latinoamericanas y estadounidenses (Martí, 1975: IV, 110-112). Pero en ocasiones la destacada significación del momento valorativo en este

ideario conduce a no prestar la debida atención a lo señalado (Vitier, 1994: 96-107) que, sin embargo, le sirve de cimiento y sustentación.

Por supuesto que, sería algo ingenuo, reducir el trasfondo de los intentos por contraponer en Martí lo axiológico a lo cognitivo solamente a este elemento; resulta claro que en los momentos actuales estos esfuerzos también encierran intenciones ideológicas más o menos explícitas. Sin embargo, a nuestro modo de ver es obligado reconocer que el asidero real de estas posiciones está no en el terreno de la contraposición entre lo gnoseológico y lo valorativo, sino en el que la correlación o balance integral existente en la doctrina del Maestro entre el contenido constructivo, de una parte, y de otra, el representado por el componente defensivo de las conquistas populares y destructivos de los fundamentos de los regímenes de explotación y humillación social y personal. Es decir, que en el fondo se le intenta criticar a Martí el haberse dedicado a la producción espiritual revolucionaria, necesaria a su época, cuando, en vez de emprenderse la búsqueda de estas soluciones apoyándose con conciencia crítica y en su legado, se le acusa de insuficiente elaboración positiva.

El componente cognitivo de la ideología y la política incluso es objeto de reflexión por sí mismo en el pensamiento del Maestro, es decir, se le considera desde el punto metodológico. De esta manera, en carta a Ricardo Rodríguez Otero, de fecha 16 de mayo de 1886 (Martí, 1975: I, 191-196), al definir la política, la enlaza con:

1. *No tener cerrados los ojos* ante los elementos vivos y las soluciones probables de la política realmente configurada, es decir, al conocimiento de las vías por donde puede desarrollarse en lo ulterior la actividad política.
2. Sumar, unir, en lugar de apartar las fuerzas necesarias para conseguir el fin de la política patriótica.
3. No dejar correr los problemas, sino estudiarlos a tiempo y a todos, a todos los componentes que influyen sobre la suerte del país por “acción u omisión”.

Martí pone el énfasis en el conocimiento racional exhaustivo de a) la situación política concreta y mudable; b) de sus agentes; c) en la previsión de las alternativas posibles de su curso ulterior; d) en la actuación consecuente sobre estos procesos según objetivos fijados de antemano; e) en el aglutinamiento de las fuerzas sociales capaces y necesarias para la consecución de los fines. Luego, la pasión interviene como un modo de articular el juicio y la actividad práctica sobre una sólida base racional.

Contrapone de esta forma la política revolucionaria al desarrollo espontáneo, desorganizado, sin la debida fundamentación ideológica, de la actividad política. En su visión y actuación en este contexto, promover una política consiste en orientar y dirigir conscientemente, según los ideales de la ciencia, y de acuerdo con valores profundamente humanistas, la actividad de las masas. Los términos en que queda enunciada la proposición no son en rigor martianos, pero aspiran a ser equivalentes (en cuanto a los objetos de designación) a los suyos en el lenguaje político que hoy nos resulta más cercano.

En esta misma dirección apuntan con diferentes modos y matices de referirse a la política como término, las siguientes afirmaciones del Maestro, que la abordan como fenómeno social complejo, desde distintos ángulos:

1. “La política es una resolución de ecuaciones. Y la política falla cuando la ecuación ha sido mal propuesta” (la política como línea de actividad) (Martí, 1975: I, 332).
2. “Política es el estudio de los diversos métodos de vida común que ha discernido o pueda discernir el hombre. La aristocracia es una política y la democracia otra” (la política como ciencia del régimen político) (Martí, 1975: I, 335).
3. “La política es la verdad. La política es el conocimiento del país, la previsión de los conflictos lamentables o acomodos ineludibles entre sus factores diversos u opuestos, y el deber de allegar las fuerzas necesarias cuando la imposibilidad patente del acomodo provoque y justifique el conflicto” (premisas cognoscitivas axiológicas y práctico- conductuales de la política) (Martí, 1975: II,215).
4. “La política no es ciencia prestada; sino que ha de ser propia. Al país, lo del país, y nada menos que lo que necesita el país” (carácter histórico-concreto de la política, la universalidad concreta de la política) (Martí, 1975: II, 216).

La *expresión ideológica* por Martí de los intereses populares ocurre mediatizada por una profunda y creciente inteligencia y análisis de la experiencia histórica acumulada por el pueblo cubano a todo lo largo del siglo XIX y en particular como resultado de la guerra de 1868, así como de la realidad post-independentista de los pueblos latinoamericanos, a lo que se agregó un atento y rico estudio de la vida económica, social, política y espiritual de la sociedad norteamericana. Al referirnos a la expresión ideológica de los intereses de las masas populares lo hacemos en el sentido estricto que estos términos han adquirido en la literatura marxista: es decir, la formulación sistemática, culta, argumentada, de la actitud objetivamente condicionada que las clases, capas, grupos sociales y razas conformadores de la comunidad nacional cubana a fines del siglo XIX mantenían frente a sus premisas de existencia, las cuales estaban vinculadas en lo fundamental con la contradicción metrópoli-colonia e imperialismo norteamericano-pueblo cubano. En este sentido, pues, no se trata de un fenómeno por sí mismo clasista, sino propio de una comunidad étnica, de una nación en surgimiento, cuyo desarrollo perspectivo estaba enlazado en razón de las circunstancias objetivas existentes, ante todo con las clases, capas y grupos sociales, oprimidos y explotados.

Es a través de la reflexión sobre estos testimonios históricos, en mucho personalmente vivenciados por el Maestro, que se define la naturaleza de la ideología política fundada por él; cuya individualidad estructuró en relación con las grandes corrientes ideológicas con que se puso en contacto y sobre las cuales expresó su parecer (Martí, 1975: III, 167,168).

Martí defendió sistemáticamente la necesidad de llevar a cabo una política que partiera del conocimiento, lo más exacto y objetivo posible, de la situación concreta del país, de las verdaderas aspiraciones, necesidades y deseos de las masas, y que acomodara “al fin humano del bienestar en el decoro los elementos peculiares de la

patria, por métodos que convengan a su estado, y puedan fungir sin choque dentro de él” (Martí, 1975: III, 117).

Martí exige y se plantea conocer la forma y el contenido específico de nuestra realidad nacional, *pero la evalúa con un criterio histórico-universal de naturaleza humanista* y que persigue el bienestar (el bien público) en condiciones de decoro, dignificación y respeto de todos y cada uno (Martí, 1975: III, 117- 121). En esto radica la del contenido no localista, no “tribal” de la ideología martiana, que a ella le sea ajena la dicotomía entre “nosotros” y “ellos”, “el hombre verdadero” y los “no hombres o semihombres”. Martí liberó a la autoconciencia nacional cubana de un ídolo común a toda civilización occidental, el cual aún lastra las formas de socialización existentes: el patriotismo, el nacionalismo, la xenofobia, el racismo, la intolerancia del alter. Identificó nuestra identidad no en contraposición con el mundo existente, sino en solidaridad libremente construida por él.

En el fundamento metodológico de la ideología política creada por el Maestro se encuentra no sólo el ideal de la científicidad en el análisis, sino también de la consideración de lo específico, de la individualidad histórica del fenómeno sometido a examen. Por eso sí promueve de forma coherente, explícita y argumentada, sus puntos de vista en torno a la relación de lo universal y lo particular en la asunción político-cognitiva de los fenómenos de la sociedad cubana y latinoamericana del siglo XIX.

Esta visión es profundamente dialéctica: en ella no se sacrifica lo individual en aras de lo supuestamente general, sino que se logra una imagen multilateral y profunda de aquel, con el consiguiente esclarecimiento de la naturaleza de lo singular, y el enriquecimiento, precisión y *corrección de la noción de la misma de lo universal*, a la que no confunde con lo de procedencia europea u occidental en general. Con ello contribuyó a que en nuestra cultura nacional se comprendiera mejor y más a fondo el problema de lo individual social, y a que se promoviera una concepción de lo universal incorporadora de nuestras realidades sociales tercermundistas, con *paridad ontológica y valorativa* a las asumidas tradicionalmente por el pensamiento occidental. A nuestro modo de ver esta es una característica medular del método de investigación martiano, sobre la que no siempre se insiste en la medida debida.

Esto es particularmente visible cuando contrastamos la obra del Maestro con las fuentes teóricas de su pensamiento, tanto las nacionales inmediatas como las procedentes de otras latitudes. Tenemos en cuenta sobre todo el vínculo entre el pensamiento martiano y el legado de Rosseau en cuestiones tales como el *mandato*, la relación individuo-estado en el plano de los derechos y los deberes y el concepto de pueblo; así como su estrecho enlace con el denominado estoicismo ecléctico romano, particularmente con la obra de Cicerón, en cuestiones claves como la idea de la patria, el honor, el decoro y el énfasis en el hacer.

En este asunto del enlace con el pensamiento estoico antiguo *no a través de Séneca*, sino de Cicerón, parece no habersele prestado la debida atención en la literatura.

Así Martí concibe la ciencia política aplicada a Cuba no como una imposición dogmática de modelos ajenos, sino como un análisis específico de lo nacional *a*

través de una óptica humanista universal que al propio tiempo se ajusta y se enriquece (Martí, 1975: II, 118).

Martí no cae en la trampa ideológica de identificar el resultado de la producción espiritual especializada occidental con lo universal, sino que redefine este concepto mediante la incorporación de la reflexión sobre la realidad de los pueblos constituidos como resultado de la colonización capitalista. Su obra es profundamente desenajadora en este plano: revaloriza la validez ontológica de nuestra existencia y la induce con igualdad de derechos en la conformación del paradigma de *lo humano*, y por tanto, de *la noción de su progreso*, de lo bueno y lo malo, de lo feo y lo bello. Es de notar que este proceso pasa por la vista de nuestras realidades americanas con la de otras regiones coloniales como las de Vietnam (Viet 1990).

A la política científica y humanista argumentada por Martí le resultaba extraña la idea de crear institutos sociales nacidos de otros antecedentes y naturaleza, y que se habían acreditado como ineficaces donde parecían más salvadores, pues ella perseguía “(...) dirigir hacia lo posible el país con sus elementos reales” (Martí, 1975: IV, 248). Debe considerarse a propósito que el Apóstol nos proporciona una imagen muy exacta y precisa del vínculo de las instituciones con la naturaleza concreta de las relaciones sociales donde crecen.

Martí se enfrenta a la noción de una política que encarne la voluntad de un solo hombre, por grande y pura que sea esta, e inspirada en un ideal utópico abstracto no obtenido del análisis de la realidad. Considera que la política tiene que ser realista, obedecer al ser (Martí, 1975: III, 139- 143).

La categorización estética es empleada como norma en el lenguaje político martiano para la evaluación y fundamentación ideológica de los asuntos políticos. Dicho de otra manera, la política, según Martí, no sólo se conforma de acuerdo con determinados principios morales, sino también estéticos, entraña una cultura no sólo del pensamiento, sino también de las emociones, los sentidos, los sentimientos. Así expresó que la política desplegada por el Partido Revolucionario Cubano (PRC), era bella por tres razones fundamentales:

1. La dignidad y pureza moral de sus miembros y autoridades.
2. Perseguir fines basados en la equidad y que establecen que el bienestar futuro del país excluía un régimen de predominio de una clase sobre otra, pues la idea misma de clases lleva en sí “ veneno” y “rebajamiento voluntario”; la sociedad futura supondría “el goce individual de los derechos *legítimos* del hombre” (el subrayado es nuestro), los cuales pudieran mermarse por la “desidia” o el exceso de los que la ejercitan”, *pero no por una condición sociopolítica consustancial a la organización social*.
3. La dimensión internacional americana y mundial de la revolución de Cuba y Puerto Rico, debido a la posibilidad de frenar la expansión imperialista de Estados Unidos (Martí, 1975: III, 139).

Cultivó estéticamente los sentimientos políticos: su ideología política está encaminada a fundamentar una determinada cultura de los sentimientos en este campo, una cierta manera de percibir el mundo social por el individuo. Así, propone al cubano, como un ideal paradigmático, el sentimiento “más delicioso y bello” de la simpatía personal, basada en el amor común a la virtud y al sacrificio.

Es indudable que empleó la terminología común a su época y medio, pero la ideología política suya quedó expresada predominantemente en una forma representativa estéticamente elevada, no de manera *cognitiva-conceptual concentrada*. Martí elude la aridez de los conceptos y la diferencia emocional del razonamiento, y ello no episódicamente, sino como método. Su expresión se articula en formas y modos del lenguaje literario más universales y, por tanto, de mayor alcance comunicativo, que el especializado o profesional de la ciencia. Sus términos, más que designar directamente conceptos, los evocan, pues poseen frecuentemente, como referentes inmediatos, a imágenes sumamente complejas y de alta significación emocional, (La estabilidad, significado y valor de estas imágenes son cada vez más conocidos como resultado en investigaciones especializadas. De ello es ilustrativo el trabajo de Domínguez Fernández (1989). Ello no obsta para que el contenido sea determinable con cierta precisión en el contexto comunicativo, y sí potencia su capacidad de impactar la esfera motivacional de la personalidad.

A la luz del sentido que le confirió a su vida es comprensible que la producción ideológica-espiritual política martiana, *no tenga como fin inmediato los “objetos ideales mismos”*, sino al otro, al interlocutor; por eso encontró en la carta personal, el discurso, el artículo periodístico, sus formas de expresión preferidas (Fernández Retamar, 1981: 160- 161).

Martí no habla al “espíritu humano” en general, ni a una conciencia abstracta, ahistórica y transparente, no a un “cogito”; sino a un individuo siempre concebido de modo histórico-concreto y personal. De ahí que el punto de vista del pensador, su posición, su criterio, su actitud, siempre es transparente de forma directa (inmediata) en su obra espiritual. Nunca pretende en su discurso la ilusión del anonimato ni de la impersonalidad, él “ejerce el criterio” y enseña a hacerlo. Su pensamiento porta la fuerza de la convicción personal, se muestra como una totalidad cognitiva, valorativa, emocional y que involucra intensamente la voluntad.

En consecuencia, la obra ideológica martiana es un fenómeno cultural *dialógico* sumamente complejo, que interviene como la unidad indivorciable de lo cognitivo y lo ético en torno a lo estético. La capacidad expresiva de su discurso es *vehículo mediador* del tránsito de lo cognitivo a lo ético, y viceversa, para el interlocutor, y estos últimos poseen una forma especial de existir enlazados en la imagen estética. Sin estas claves resulta imposible calar, desde y para la contemporaneidad, en el profundo sentido del pensamiento del Apóstol.

Martí, sin duda, produce ideología en general e ideología política en particular, pero no hace una teoría ideológica del corte y a la usanza tradicionales, a pesar de que sus nociones conceptuales estén perfectamente precisas y delineadas. La terminología empleada para expresar sus conceptos políticos es sumamente rica y multívoca, en tanto el modo de exposición es predominantemente el artístico.

La cultura y los valores en la obra de Martí.

Si su comprensión del papel de las ideas, en el papel de las ideas, en el accionar humano y en el devenir de los pueblos, caracteriza todo su pensamiento y obra, ello se manifiesta de forma singular en el propio análisis acerca de la creación cultural, la que comprende, en toda su dimensión, como verdadera resultante del ejercicio del pensamiento, lo que la convierte en un significativo producto humano.

Ello exige, de acuerdo con su interpretación, de amplios horizontes en el cumplimiento de nobles tareas y del sacrificio de intereses individuales a favor de los intereses de la nación. Así nos dice “(...) De honda raíz ha de venir y a grande espacio ha de tender toda obra de la mente. Deben sofocarse las lágrimas propias en provecho de las grandezas nacionales Es fuerza meditar para crecer: y conocer la tierra en que hemos de nombrar. Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica, de brazo de la historia (...) Es fuerza, en suma, ante la obra gigantesca, ahogar el personal hervor, y hacer la obra (José Martí, 1975, 7: 209- 210). Con ello Martí comprende la creación cultural como instrumento de lucha.

Precisamente, por esa claridad y proyección, el pensamiento martiano ocupa un lugar excepcional en la Batalla de Ideas que libra nuestro pueblo, en tanto, no sólo, nos señala el camino, sino que advierte de la necesidad de combatir lo formal, de descubrir en nuestro legado histórico los fundamentos de nuestro proyecto, de encontrar el verdadero sentido de las acciones que emprendemos, de conjugar los esfuerzos, de hallar los nexos reales entre política y cultura, entre arte e historia.

Lugar especial ocupa, en su examen del problema de la creación cultural, *el combate contra la imitación*, que consideró tan dañina en el arte, como en la vida, manifestación degradante de la imperfección humana, “(...) no hay imitación que no sea vil (...)” (José Martí, 1975, 9: 334). Es tan auténtica su posición frente a toda copia o imitación, que se refleja, no sólo en su original obra humana, política y artística, sino que lo plasma en documentos personales, de hondo carácter afectivo. No es posible olvidar su sentida dedicatoria al *Ismaelillo* cuando le advierte que “(...) Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así (...)” (José Martí, 1975, 16: 17). Sencilla manera de decirle al fruto de su vida, que el amor no tolera falsedades.

Asimismo, le escribe a su discípulo Gonzalo de Quesada “(...) Prefiero verlo errar por la prisa a caer por el rebuscamiento: prefiero al caballo que baila, el caballo que piafa: prefiero verle entrarse impaciente por el castellano, tronchando con el gusto de la vuelta una que otra flor, a verlo de mendigo de las literaturas extranjeras, fatigándose en vano por acomodar a un molde exótico el alma criolla (...)” (J. Martí, 1975, 5:197). Y es que está convencido que aún en lo imperfecto de una obra, cuando es verdadera, pueden reconocerse sus méritos y virtudes, lo cual resulta superior a aquella que, casi perfecta, es el producto del seguimiento de caminos ajenos.

Un hombre como Martí, asomado a una nueva época, a la cual fue capaz de anticiparse con su preclaro intelecto, lo comprendió muy bien, y consideró los peligros de la imitación. Válida enseñanza para nuestros pueblos que nacieron al mundo, a sangre y fuego, y cuyo porvenir tendrían que labrarse, por sí mismos, en combate permanente contra todo tipo de dominación, como la vida y la historia nos han demostrado y lo

siguen haciendo. Por ello, nos advirtió, con extraordinaria sabiduría que “(...) Quien quiera pueblo, ha de habituar a los hombres a crear (...)” (J. Martí, 1975, 8:16). Hoy más que nunca, cobra significación el mensaje martiano.

Así, la visión cultural como medio de acercamiento a la sociedad, entendida como totalidad, nutre la estrategia de desarrollo integral para América Latina, lo que “pasa” por el sendero de la originalidad.

Más allá de los modelos teóricos de su tiempo, José Martí propugna un nuevo tipo de relaciones internacionales que superaba las injustas existentes, rechazando la cultura de la dominación colonial y neocolonial y lo asume como expresión del desarrollo de fuerzas sociales nuevas. Así, en el quehacer martiano se da la lucha por la independencia, la justicia social, la dignidad humana, en relación con la lucha por la democracia, la unidad continental y el enfrentamiento a la penetración extranjera.

Y es que sólo un hombre, portador de un extraordinario código de valores, que a los 22 años consideró: “(...) Feliz el que pintó lo bello, sintió lo grande, amó a mujer, sirvió a la patria, habló su lengua, escribió un libro (...)” (J. Martí, 1975, 6: 318), pudo dedicar sus próximos veinte años de existencia heroica y fundacional a elaborar una concepción plena de la cultura, del ser humano y de la vida.

Ello permitirá apreciar entonces las múltiples dimensiones que adquiere en su pensamiento el concepto *hombre*, que incluye desde su definición, sus diversas determinaciones como individuo, masa, pueblo, individualidad, líder, lo cual sin dudas constituye uno de los aspectos más significativos y reveladores de su de su extraordinaria concepción del hombre. Y qué mejor expresión de la trascendencia de su pensamiento, de la permanencia y universalidad esta definición, dada en “Una Universidad Nacional”, en 1886, “(...) Un hombre no es una estatua tallada en un peso duro, con unos ojos que desean, una boca que se relame, y un diamante en la pechera de plata. Un hombre es un deber vivo; un depositario de fuerzas que no debe dejar en embrutecimiento, un ala (...)” (J. Martí, 1975, 10: 375- 376).

La concepción martiana de los valores está presente en toda su obra, atendiendo a las diversas maneras en que esta se manifiesta, aún cuando algunas “zonas” constituyan expresiones más plenas. Pueden recordarse entonces: el *Ismaelillo*, portador entre otros de un verdadero código de valores; las “Cartas a María”, fuente de profundas reflexiones en torno al significado de los valores espirituales; *La Edad de Oro*, propuesta axiológica que contiene, no solo el universo valorativo martiano, sino el método de formación de valores que se asienta en un principio sustancial de su reflexión pedagógica: la unidad esencial y necesaria entre lo instructivo y lo educativo, entre el intelecto y los sentimientos. Así lo declara en “Educación Popular”, en sus “Juicios sobre Educación”: “(...) el pueblo más feliz es el que tenga educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento y en la dirección de los sentimientos (...)” (J. Martí, 1975, 19: 375).

Ello resulta una clave insoslayable que aporta a la labor educacional de nuestros días. Así, en esa joya de la literatura para niños, se descubre el modo de hacer, de despertar el sentimiento a partir del conocimiento, de potenciar la búsqueda y cultivar la sensibilidad... en fin, ofrece a la cultura latinoamericana y al mundo, un paradigma educativo, con extraordinaria validez más de cien años después de creada y sin igual

similar en la misma. Convergentes reflexiones pueden provocarnos los discursos revolucionarios, la poesía.

La comprensión del lugar y el papel de los valores en ese permanente proceso de autoperfeccionamiento se proyecta en el tratamiento de genuinos valores humanos presentes en toda su obra.

Y aun cuando en su pensamiento no hay cabida para esquemas, ni etiquetas, sí cabe subrayar el énfasis que le imprime en este tratamiento de los valores a varios de estos, al señalar entre otras cuestiones, la siguiente: “(...) el valor y el decoro, y el sentimiento del honor, leyes primeras de la vida (...)” (J. Martí, 1975, 4: 194), o cuando declara, como se ha dicho, el lugar que le otorga a la dignidad en la nueva sociedad que se crearía. Sin dudas, le confiere importancia mayor, lo que nos advierte de su necesaria presencia en cualquier examen que se realice en torno al tema. Lo que sí no puede obviarse es la multidimensionalidad que adquiere su comprensión de los valores, en la que como apuntamos respecto a su concepción de la cultura, se expresa la *integralidad* axiológica que caracteriza al pensamiento martiano.

Con ello, Martí proporciona a la cultura y pensamiento cubanos, una hermosa y sustancial concepción del hombre y los valores que sintetiza, el esfuerzo y la entrega de los fundadores de la nación cubana, y prepara el sendero de la asimilación del ideal social superior, que como conquista del intelecto y del sentimiento humano, se convirtió en instrumento esencial, en el proceso de continuidad en la batalla de nuestro pueblo, por la reafirmación de su identidad como nación independiente y en la obtención de valores universales para el ser humano.

Propuesta de un modelo de actuación para la formación de valores desde una perspectiva martiana.

2.1 Consideraciones generales.

Para los jóvenes cubanos de estos tiempos constituye una exigencia insoslayable hallar en Martí las claves esenciales para salvaguardar las más caras conquistas, cuya misión es no solo la de salvar el futuro, sino anticiparlo. Así el Maestro nos ofrece en toda su dimensión, en toda su sencillez, un profundo mensaje para los jóvenes de hoy: hay que cultivar el patriotismo y el independentismo como flor esencial y delicada que fructificará en muchas ramas.

Después de todo el análisis antes expuesto, presentaremos el modelo de actuación para la formación de valores desde una perspectiva martiana. Este modelo que proponemos contribuirá, a partir de la lectura y comprensión lectora de la obra martiana, a fomentar valores en los jóvenes universitarios.

Por ello, para la primera etapa del trabajo con ejercicios de redacción las experiencias motivadoras juegan un papel importante y se materializan a través de actividades como las que se describen a continuación:

I. Taller literario

Se ha de tener en cuenta que a partir del texto martiano “Yugo y estrella” los estudiantes:

- Identificarán los problemas presentados por Martí en el poema
- Analizarán e interpretarán el lenguaje de manera que visualicen las particularidades del lenguaje poético en Martí, y lo llevarán a un lenguaje más actual manteniendo la belleza poética y el estilo.
- Mostrarán el origen social y cultural del poema, en aras de demostrar y verificar las posibilidades de determinadas palabras, conceptos, motivos para inferir ideas, valores, identidad.
- Ofrecerán criterios y valoraciones haciendo intervenir el juicio crítico.

(En este último punto se favorece con mayor notoriedad el desarrollo de las ideas mediante una exposición de juicios de valor, donde deben primar criterios personales, pues la palabra viva de cada uno de los integrantes del grupo opera intensamente en el cerebro del auditorio, se capta mejor y agota menos que la lectura de un juicio preconcebido).

II. Busquemos la palabra apropiada

Consiste en la selección de una palabra clave para definir un sentimiento colectivo en el texto martiano Los Pinos Nuevos, luego esta es enriquecida con otras que amplíen su significado, por ejemplo: el amor a la patria, los alumnos buscan palabras o frases dentro del texto para definirlo sólo a través de una, pueden ser: pureza, elevación, grandeza, espiritualidad, ayuda, solidaridad, etc. Luego se les pide que busquen otras palabras que las cualifiquen, que redacten un texto integrador con ellas.

III. El personaje ideal

Consiste en solicitar cualidades negativas y positivas que según criterios de los alumnos se presentan en los seres humanos. Luego, rememorando las obras que han

leído de Martí, deberán describir un personaje ideal teniendo en cuenta su sistema de valores.

IV. El sinónimo ideal

Se presenta en la pizarra, un fragmento del texto martiano “El presidio Político en Cuba”. Se orienta a los alumnos cambiar todas las palabras posibles sin que llegue a perderse el sentido de texto. Posteriormente se les pedirá a los estudiantes que identifiquen los valores presentes en el texto y que comenten sobre ellos.

“Vamos a inventar un personaje”

Después de analizada la obra “Amistades Funestas” se pide a los alumnos que incorporen un nuevo personaje del que tratarán de explicar su relación con los demás y hacerlo aparecer en uno de los capítulos de la novela. El personaje deberá tener todos los valores de los cuales carece la antagonista.

V. Identificar valores

Los alumnos seleccionarán un texto martiano, el que deseen, y tendrán que hacer una exposición detallada de los valores que en este están presentes.

VI. Reescribiendo el texto

Los estudiantes deben seleccionar un texto del Cuaderno Martiano III en la sección “Textos fundadores”, y después de leerlo varias veces intentarán reescribirlo con sus propias palabras sin alterar el sentido ni la belleza del lenguaje. Finalmente deberán exponerlo ante el auditorio mencionando los valores que hay presentes en él.

Conclusiones

Por ser un producto del desarrollo histórico y expresión concentrada de la actividad humana, dada su naturaleza material y espiritual, la cultura constituye un sistema polifuncional, resultando un indicador esencial en la captación del proceso de ascensión de la humanidad.

Como creación humana en la cultura se contienen y concretan los significados que adquieren los objetos y fenómenos para los diversos sujetos socioclasistas, por lo que se refiere al necesario enfoque axiológico dado el carácter cualificador y distintivo de los valores, en el marco de las diversas aristas que contiene este fenómeno. Estos, que se conforman en el contexto de la práctica histórico-social, constituyen manifestaciones de las tendencias objetivas del desarrollo ascendente de la humanidad y devienen expresión de las conquistas humanas en el dominio de la cultura.

Un acercamiento legítimo a esta cuestión, en el controvertido presente, exige un enfoque humanista en el que, desde una cultura de lucha orientada a una verdadera transformación de la sociedad, se enfrenten los problemas de la enajenación, los modelos consumistas, la incomunicación, la hiperbolización de la violencia, el desmontaje de valores, la anulación de las identidades culturales, en fin, de todo lo que atenta contra su significado esencial en el desarrollo humano, a partir de la polarización existente en la sociedad contemporánea.

El pensamiento martiano, contenido de un coherente programa de liberación nacional y transformación sociocultural para Cuba y América Latina, constituye un paradigma válido en tanto verdadero y vigente proyecto emancipatorio con significación continental, a partir del profundo humanismo que lo caracteriza. Enraizado en la tradición histórico-cultural cubana, es exponente de lo mejor del pensamiento cubano, latinoamericano y universal en el siglo XIX y proporciona una singular comprensión y proyección en torno a la cultura y los valores.

La ubicación espacio-temporal de José Martí revela las peculiares condiciones histórico-sociales y culturales en las que se insertó el desarrollo de su personalidad y actividad revolucionaria, sobre la base de la asunción de una significativa e insoslayable tradición de pensamiento y práctica revolucionaria cubana y latinoamericana. Portador de una extraordinaria plataforma cultural, José Martí sintetizó diversas fuentes nutrientes: cubana, española, latinoamericana y universal, las que enriqueció y elevó a horizontes inigualables, desde el inmenso quehacer que desplegó a lo largo de su heroica existencia.

Su alta sensibilidad y el cultivo de su espiritualidad lo hizo, también, portador de un excepcional código de valores que representa, no sólo la auténtica expresión de su cultura, sino que es manifestación de su elevada condición humana. El contacto y conocimiento de la verdadera naturaleza de la sociedad norteamericana y de las transformaciones del capitalismo le permitieron el enriquecimiento de su plataforma cultural y código de valores, así como la evolución y maduración de su pensamiento que se concretó en la proyección y organización de la guerra revolucionaria profundamente democrática y antiimperialista.

Cultura y valores del ser humano en Martí resultan condiciones insoslayables en la aproximación a la significativa concepción acerca de la cultura, del pensamiento político, del hombre y los valores, desarrollada en el cauce de su pensamiento filosófico que se destaca por su originalidad y humanismo. Ello subraya la coincidencia entre el pensamiento y la acción, lo que le otorga coherencia y autenticidad al quehacer martiano.

En el pensamiento político cultural martiano se revela una profunda comprensión de la influencia de las condiciones epocales en la producción material y espiritual, en la obra creadora; de la cuestión de la relación entre las clases y el fenómeno de la cultura; de la relación entre lo espiritual y lo material en la cultura; de la importancia de las ideas políticas y de la propagación de la cultura para la formación de valores en la juventud cubana; del problema de la identidad cultural del ser cubano y latinoamericano; de la cultura de los sentimientos, entre otras dimensiones.

El pensamiento martiano, en sus dimensiones política y cultural se inscribe en lo mejor de la tradición de pensamiento y práctica revolucionarios cubanos en tanto resulta representativa de la línea asumida a favor de la independencia, la justicia social y la dignidad humana frente a aquellos que se colocaron al lado de los defensores de intereses de dominación de nuestros pueblos.

La sustancia cultural de su proyecto de liberación nacional y propuesta de transformación económica, político-social y ético-cultural, plasmada en su labor fundacional, condiciona la vigencia y actualidad de un programa emancipatorio de alcance continental. Porque la contribución imperecedera de José Martí al proceso de desarrollo de la nación cubana le otorga un lugar singular en el desarrollo político y cultural de Nuestra América.

Desde una profunda e integral concepción de la cultura y los valores, José Martí aporta ideas imperecederas para la realización de una obra cultural y educacional en los jóvenes cubanos, que por la naturaleza de las circunstancias en las que actualmente se desarrollan, necesitan de una formación en la que primen los principios éticos y la dignidad humana.

Bibliografía

- ABBAGNANO, NICOLA: Diccionario de Filosofía, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.
- ALAS-CEA (1992): Estado, nuevo orden económico y democracia en América Latina. Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- ALFONSO, GEORGINA: “José Martí: integridad ética y política para una axiología revolucionaria”, en Revista Cubana de Ciencias Sociales, no. 29, La Habana, 1994.
- _____ : ¿Vendrán tiempos mejores? El sentido y el valor de la emancipación en los finales del siglo XX. Trampas de la Globalización, La Habana, 1999.
- AGUIRRE, SERGIO: “Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX. José Martí y el imperialismo norteamericano”, en Eco de Caminos, Ed. De Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- CONTRAPUNTO, MIAMI, Florida (1992): “Cuba en las Américas. Desafíos recíprocos. Informe de un grupo especial sobre Cuba”, 92: 2-3.
- CRUZ, MARY: Emerson por Martí, en Anuario del Centro de Estudios Martianos, no. 5, La Habana, 1982.
- DIETRICH STEFFAN, H. (1994): Cuba ante la razón cínica. Editorial Nuestro Tiempo, México D. F.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO: Martí y la revelación de Nuestra América, en Anuario Martiano, no. 5, Sala Martí, Biblioteca Nacional, La Habana, 1974.
- FETSCHER, I. (1980) “¿Tiene un porvenir el socialismo?” Nueva Sociedad, Caracas, (50): 25-40, septiembre- octubre.
- KARPEN, U. (1993): “Condiciones de la eficiencia del Estado de derecho especialmente en los países en desarrollo y despegue”. *Diálogo Científico*, Tübingen (RFA), 2(1): 11-36.
- MURAVCHIK, J. (1991): “El avance de la causa democrática”. Facetas, Washington D. C., (94): 20- 24.
- NYE, J. S (1991): “Desafíos de la política estadounidense”. Facetas, Washington D. C., (94): 33-36.
- SETIÉN, J. (1990): “La izquierda en la encrucijada”. Memoria, México, 4: 184- 188, septiembre- octubre.
- VALERO, R. (1990): “Transformaciones en la Europa del Este”. Memoria, México, 4: 194-205, septiembre- octubre.
- VITIER, CINTIO: “Algunas reflexiones en torno a José Martí”, Conferencia José Martí, un hombre universal, en Granma, La Habana, 2 de abril de 1992.
- _____ : Cuadernos Martianos I, II, y III, Selección y prólogo, Ed. Félix, La Habana, 1997.
- ZACHARIE DE BARALT, B: El Martí que yo conocí, Ed. De Ciencias Sociales, La Habana, 1990.